

cios de 1880 hasta los ecos de la Primera Gran Guerra. Como revelan los artículos de Carlos Altamirano y Jorge Pantaleón, para los casos de la sociología o la economía, respectivamente, dicho recorrido se inicia con las expresiones originales de ciertos pensamientos sociales y finaliza en el momento de sus respectivas consolidaciones como espacios socialmente diferenciados. A la vez, también habría que dejar en claro aquí que el espíritu del trabajo no consiste en trazar una cronología minuciosa, regular y lineal de las instituciones y los saberes, sino en desatar los nudos simbólicos de las disciplinas. Como se podrá intuir, estos “episodios fuertes” estarán indisolublemente ligados a sus momentos fundacionales. Así, por ejemplo, como ilustra Alejandro Blanco, la historia de la sociología tiene, como la ciudad en la que fue gestada, dos fundaciones, una a finales del siglo XIX y otra a mediados del XX; de las cuales, la más antigua, que el autor denomina “la sociología de la cátedra”, se distingue de la moderna, la “sociología científica”, por tener un tono más ensayístico que científico y por sugerir asimismo un concepto de ciencia protorromántico. Por el contrario, la nueva sociología halla su fuente de inspiración definitiva tanto en las modernas ciencias naturales como en la negación de los fundamentos de la otra, que además era condenada al olvido por poseer una dosis demasiado abundante de literatura.

En términos de los criterios axiomáticos que son compartidos por el conjunto de los autores, otro de los aspectos que se encuentra presente en nuestro proceso de génesis epistemológica y que colabora en la construcción identitaria de los saberes científicos vernáculos, está vinculado al papel crucial que jugaron las influencias exógenas en la determinación de la fisonomía conceptual de nuestros saberes. En efecto, en no pocos casos el estímulo principal para el nacimiento de aquellos “profetas” que venían a *decir* sus respectivos discursos de nueva fe secularizada, provino de un estímulo externo de parte de aquellas instituciones que combinaban, en su arquitectura institucional, elementos que eran a la vez políticos, administrativos y académicos. En principio, la confluencia con los acontecimientos internacionales era posible por la dinámica de circulación, recepción y creación que se celebraba entre aquel nivel y el de los saberes nativos. En ese sentido, al interior de estos territorios, en

la batalla discursiva que libraban las distintas fracciones intelectuales por capturar ciertos significantes, como el de “ciencia”, “razón” o “verdad”, uno de los recursos estratégicos más efectivos para imponerse sobre la otra consistía en la exitosa adaptación de los conceptos extranjeros. Así, la fracción que lograba articular su proyecto intelectual con las dimensiones conceptuales de los discursos que fluían desde lo supranacional monopolizaba un recurso distintivo y, por lo tanto, definitorio para su destino. Junto con el Estado en el ámbito regional, el espacio internacional se transformaba en la otra gran fuente de verosimilitud a la que aquellos discursos apelaban para legitimarse.

Para concluir, haremos referencia al otro espacio, el de lo nacional, donde peronismo y desarrollismo fueron dos instancias políticas, económicas y culturales que influyeron decisivamente en el armado de los saberes sociales. En los escritos, tanto uno como otro es recuperado no a partir de sus rasgos institucionales específicos, o de sus políticas económicas particulares, sino en términos de una cierta atmósfera experiencial que introducía sus propias condiciones de posibilidad e imposibilidad en cada uno de los campos. Para decirlo con pocas palabras, en un primer caso, el peronismo emergió como un acontecimiento único que por su radicalidad ponía en cuestión la validez de las categorías de conocimiento anteriores con las que pretendía ser descifrado, pidiendo a gritos un nuevo lenguaje que lo dijera. Si tomamos un caso concreto, una de las brechas que separó a las dos formas de entender la sociología radicaba en el posicionamiento político e intelectual que se esgrimía frente a ese fenómeno social y político. En torno al desarrollismo, su presencia supuso la inyección tanto a escala local como internacional de una fibra modernizadora destinada a convertir los antiguos y desvencijados aparatos del Estado en modernos dispositivos de saber, poder y administración, promoviendo una reforma del andamiaje estatal sobre la base de un nuevo saber especializado.

Mauro Spagnolo
UBA

*A propósito de Daniel Lvovich, **Nacionalismo y Antisemitismo en la Argentina, Buenos Aires, Vergara, 2003, y de Graciela Ben-Dror, **Católicos, Nazis y Judíos. La Iglesia Argentina en tiempos del Tercer Reich, Buenos Aires, Lumiere, 2003.*****

Los estudios sobre la recepción y la producción de un discurso antisemita en la Argentina han cobrado un particular interés tras la publicación de dos nuevas y esclarecedoras investigaciones historiográficas. Indagar en el carácter antisemita del discurso nacionalista y en las características que este fenómeno adquirió en los agentes de difusión de estas narrativas resulta una herramienta relevante para comprender el sesgo excluyente de los discursos tendientes a naturalizar la categoría *argentinidad*.

La obra de Lvovich indaga en la sociogénesis de una narrativa antisemita, la emergencia de una “cuestión judía”, entre los intelectuales del nacionalismo argentino entre fines del siglo XIX y los albores del peronismo. La particularidad de esta investigación radica en la focalización analítica que efectúa sobre la construcción de un “otro” enemigo en el seno del discurso nacionalista que tendrá su década de apogeo entre 1932 y 1943. Si bien los estudios tendientes a trabajar los orígenes de un nacionalismo de tipo restrictivo y autoritario durante la primera mitad del siglo XX en Argentina han dado lugar a una cuantiosa literatura, el trabajo sobre **Nacionalismo y antisemitismo** nos permite conocer los dispositivos y el proceso de construcción de una condena hacia lo “judío” en el seno de ese mismo nacionalismo.

El autor reconoce distintas explicaciones producidas por los actores sociales contemporáneos para describir el origen de una “cuestión judía” en Argentina durante la primera mitad del siglo XX: “El origen de la cuestión judía en Argentina recibió —a lo largo de las décadas de 1930 y 1940— una serie de intentos de explicación surgidos al calor de la disputa política: la que sostenía que el problema se derivaba de la existencia misma de los judíos, la que consideraba que se trataba de una cuestión importada por el nazismo, y la que afirmaba que se sustentaba en parte en el parti-

cularismo étnico-cultural de los judíos”³¹. Lvovich describe cómo estas interpretaciones sobre el origen de un problema de asimilación de la “comunidad judía” para actores sociales comprometidos con las representaciones y prácticas homogeneizadoras propagadas desde el Estado-Nación, se asociaron, “al calor de la disputa política” a distintos programas de acción tendientes a sospechar, defender o advertir a los individuos “judíos”.

Lvovich reconoce en la recepción del “affaire Dreyfus”, a fines del siglo XIX, un punto de inflexión en torno a la difusión de teorías conspirativas sobre los judíos por parte del catolicismo argentino. Pues será sobre la caracterización del *mito de la conspiración judía mundial* que el autor consagrará el denominador común del nacionalismo restrictivo argentino: “Sobre la base de esta consideración [la denuncia de un complot y el llamado a una cruzada por la reconquista del país], la construcción de las imágenes del enemigo, y en particular la presencia del antisemitismo, adquiere preeminencia en la economía del discurso nacionalista, debido a su articulación con la teoría del complot. En efecto, una vez que un grupo resulta estigmatizado como enemigo, entre los atributos negativos que se le adjudican se encuentra el de no poder actuar sino de manera artera y conspirativa con lo que, cualquiera sean sus prácticas, serán identificadas necesariamente como parte de una conjura”³².

La teoría del complot permitió a los productores de cultura del nacionalismo de derecha argentino articular en un mismo discurso la figura de un enemigo particular —los judíos—, los ataques a la democracia liberal y la denuncia del peligro comunista tanto como del imperialismo inglés. Los efectos de estos discursos, como considera Lvovich, en torno a la movilización de masas se demostraron limitados, pero “su empleo recurrente y las obras políticas y literarias que inspiró, su uso en discursos políticos y como arma electoral, el hecho de que haya circulado en las Fuerzas Armadas, y sobre todo, las prácticas violentas que inspiró, demuestran que su influencia disto de ser marginal”³³.

La aparición de estos idearios y propuestas en torno a la “cuestión judía” acompañan el proceso de origen y consolidación de un discurso nacionalista de tipo restrictivo y autoritario en oposición al discurso liberal e integrador que sobre la nación tuvieron las clases dirigentes del último tercio del siglo XIX³⁴. Ese discurso nacionalista trazaría fuertes vínculos con la Iglesia

Católica y con sectores de las Fuerzas Armadas Argentinas, asociando la idea de nacionalidad a la religión católica tanto para el Estado Nacional como para los individuos que viven bajo el territorio de su dominio³⁵.

La obra de la historiadora Graciela Ben-Dror se propone analizar los discursos, prácticas y representaciones de la Iglesia Argentina, y sus esferas de participación, en relación a su posición frente al ascenso del terror nazi durante el Tercer Reich. Como bien destaca el libro en sus inicios, la génesis de la problemática sugerida resulta de la preocupación contemporánea, en diversos ámbitos y disciplinas analíticas, por indagar en las respuestas producidas desde el Vaticano ante la propuesta autoritaria y persecutoria hacia los judíos por parte del nacionalsocialismo alemán durante la década de 1930 hasta mediados de 1940. Aunque la pregunta central, en el análisis de la autora, no será por la acción Papal, sino por las repercusiones que aquella tuvo en los representantes eclesiásticos y católicos argentinos.

El estudio de los discursos, prácticas y representaciones de los diversos espacios y corrientes de la institución católica permiten construir la respuesta a lo que es la pregunta rectora de la investigación; a saber: si la jerarquía eclesiástica aprovechó la influencia potencial adquirida tras el golpe de 1930, o si fue pasiva e indiferente al destino del pueblo judío en Europa durante las políticas tendientes a su exterminio. Tras una primera parte en la que se describe a los actores y la sociogénesis de un discurso antisemita entre los intelectuales católicos, el libro ahonda en el estudio sobre la recepción de las diversas problemáticas afines a la situación de los judíos en Europa durante la política criminal nazifascista. Es relevante la recepción y difusión que tuvieron las encíclicas papales condenatorias del racismo y el comunismo: *Mit Brennender Sorge* y *Divini Redemptoris*. Si la primera circuló sin introducciones ni interpretaciones, la segunda fue objeto prioritario, realzando su valor e importancia en la conformación de un pensamiento y conducta católica. Esto, según Ben-Dror, se debió a la absoluta identificación del episodio argentino con la visión de la amenaza inmediata del comunismo. Cobrando trascendencia esta posición en derredor de la reflexión sobre los judíos en Argentina por parte de la Iglesia y el pensamiento nacionalista, que tendían a asimilar judaísmo con comunismo y la lucha anticomunista con una concepción antijudía³⁶.

Esta condena al comunismo y el silencio

oficial de la jerarquía eclesiástica argentina frente al nazismo y la persecución a judíos en Europa se vuelve el nudo analítico de la investigación. Pues se destaca que, por un lado, la Iglesia Argentina estaba permanentemente atenta a lo que ocurría en el país y en el mundo, tomando posiciones y haciendo referencias políticas; pero por otra parte, el silencio oficial ante el problema judío difícilmente puede ser interpretado como casual. Puede leerse ese silencio, en el transcurso de la investigación, como una de las maneras con las que la jerarquía eclesiástica tomó posición frente al problema judío en Europa durante el dominio del nacionalsocialismo. La condena y descrédito del arzobispado de Buenos Aires hacia las opiniones de la corriente demócrata-cristiana, que buscaba posicionarse en el contexto de la guerra junto a los aliados y condenaba el exterminio a los judíos, tenía como contrapeso la actitud y opinión pasible de los sectores católicos integristas y nacionalistas que eran publicados en los folletines de las parroquias y cuyos miembros participaban de espacios como la Acción Católica y los Cursos de Cultura Católica.

El estudio de los *silencios*, e incluso en determinadas circunstancias la legitimación que otorgó la Iglesia Católica Argentina frente a los acontecimientos y acciones perpetradas por el propio Estado Nacional durante los períodos en que éste fue asaltado por las Fuerzas Armadas, se nos presenta como un campo a explorar en el ámbito de los estudios de la historia, la memoria y la identidad. Particularmente el estudio de la última dictadura militar argentina y su ensañamiento con los individuos judíos que fueron detenidos-desaparecidos podría abordarse, gracias a los aportes de trabajos como los de Ben-Dror, teniendo en cuenta los sentidos creados en torno a la idea del judío como la imagen del “enemigo” de la Nación. Una imagen en la que, como señala Lvovich, los intelectuales del nacionalismo de derecha argentino y el catolicismo articularon la figura de un enemigo particular —los judíos—, los ataques a la democracia liberal y la denuncia del peligro comunista.

Emmanuel N. Kahan
UNLP